


Urbes sin alma

Ciudades Glocles. *Estéticas de la vida cotidiana en las urbes venezolanas* (2007) es el producto de la compilación y selección de un grupo de ponencias presentadas en el “Congreso Internacional Ciudades Globales Latinoamericanas 2006: Lo feo, lo bello y lo sublime de la vida cotidiana”, celebrado en Caracas en junio de ese año. Carlos Colina, sociólogo de la UCV, es el coautor del libro que pretende evidenciar los signos de la posmodernidad en las urbes de América Latina  Andreína Guenni Bravo

Platón decía en su texto *Las Leyes* que la humanidad debía ensayar la construcción de sus ciudades con palabras, antes de llegar a la ejecución. “La utopía griega de ciudad intentaba conjugar belleza, orden y justicia. La idea era construir urbes para vivir organizadamente, y de hecho, éstas fueron definidas tempranamente como asociaciones naturales que asegurarían el bien común de acuerdo con principios de justicia y legalidad”, explica Carlos Colina. Siglos después, en medio de una existencia signada por los códigos binarios, más que nunca se vuelve utopía aquella admiración por la palabra. ¿Habrá sido esa la sensación de los caraqueños de antaño cuando el tranvía llevaba a los caballeros de sombrero por las calles de La Candelaria; será el mismo sentimiento que despertaban las tertulias matutinas del Gran Café de Sabana Grande o aquellas que se elevaban al viento luego de las funciones en el teatro San Martín?

Pues hoy, en medio de la una ciudad olvidada que sin ataduras pierda la fe, las nuevas generaciones parecen estar resignadas a las calles intransitables, la violencia desbordada, la agonía de la honesta ciudadanía, las noches de muerte, los espacios limitados, el ruido de la in-comunicación, los gritos de

la desesperanza, la añoranza del pasado, la pérdida de identidad, la transgresión de los valores, las ataduras de la carencia de paz. Las ciudades de los tiempos que corren son espacios signados por los criterios de la posmodernidad que ha estado invadiendo cada uno de los valores de la vida cotidiana.

Una de las huellas más innegables de esta nueva era es la del aturdimiento. Éste, lejos y evolucionado de la simplificación del proceso comunicativo diseñado y presentado por Shannon y Weaver, no sólo ha tomado el protagonismo en todo lo que a comunicación se refiere, sino que ha sobrepasado los límites que antaño representaba el sutil pero decisivo ruido de la experiencia del intercambio de información. Caminar por las calles de las urbes latinoamericanas y, sobre todo, de las venezolanas, ya no hace alusión a la idea del disfrute del espacio libre, de la ocasión y excusa para ver y dejarse ver, de la oportunidad para redescubrirnos como seres sociales; se asocia con más pertinencia al concepto de paso insignificante, de traslado de la masa corporal de un punto geográfico a otro, de la instantaneidad y rapidez con la que suceden los acontecimientos que forman parte del sobrevivir en las ciudades que se dicen ser modernas.

El raptó de nuestras vidas

en manos de lo cibernético parece transitar desapercibido por las avenidas de las urbes de hoy. Y es que mientras más desarrollo tecnológico acompaña al mundo posmoderno, más se intensifican y acrecientan las diferencias entre quienes tienen definitivo acceso a estas nuevas formas de comunicación y quienes habitan en territorios signados por la pobreza, el hambre y la miseria. Con la presencia de infinitas posibilidades de comunicación seguimos sin la capacidad efectiva de comunicarnos. Y esto parece ser otro de los aspectos que conforman la estética de nuestras ciudades. El vandalismo, el mal gusto, el desgate, el olvido, el empeño desahuciado de volver a las imágenes que años atrás nos identificaban pero que en el marco de un nuevo siglo sólo consiguen lástima son sólo algunas de las realidades que sumergen al individuo en un rol que no ha buscado.

¿Cuál identidad es la que incesantemente buscamos? ¿Será aquella que leemos en los murales de las autopistas; aquella que a voz viva nos llama entre los trabajadores de la economía informal; aquella que desde el barrio nos espanta con las armas; aquella que ha preferido romper antes que ser ciudadana? El autor explica que el espacio urbano “se caracteriza por estar sometido a una dinámica

donde la tradición no termina de irse, la modernidad no termina de estar y la posmodernidad no termina de comprometerse”. Las ciudades que discuten entre la globalización y las leyendas son un espacio amorfo en donde ocurren millones de cosas pero donde a la vez no ocurre nada. Y así, en medio de la nada, las urbes se quedan sin alma, sin sentido, sin palabras. La utopía griega, haya sido demagógica o no, pretendía construir un espacio en el que fuera posible gestar hombres, seres humanos, ciudadanos. ▶

La nostalgia que se respira sin cesar en el país, y la añoranza de una realidad que sigue sólo en ideas no parece haber encontrado aún el verbo. El sinsabor del diarismo y las nuevas tecnologías dejan poco tiempo para el encuentro y la comunicación más significativa que el insípido proceso de transmisión de informaciones. Colina no pudo presentarlo mejor: “Necesitamos rescatar el café para la sosegada tertulia, la plaza para compartir e intercambiar, la calzada para transitar sin trampas contundentes del hampa, la discoteca y el bar para levantarse sin la asesina burundanga, la calle para caminar sin miedo y el bulevar para el paseo ciudadano. El *flâneur* local se ha quedado sin vivienda. Quizá lo sustituya el internauta en su domicilio o en un cibercafé”.